

LIBROS

Escrito desde el pueblo

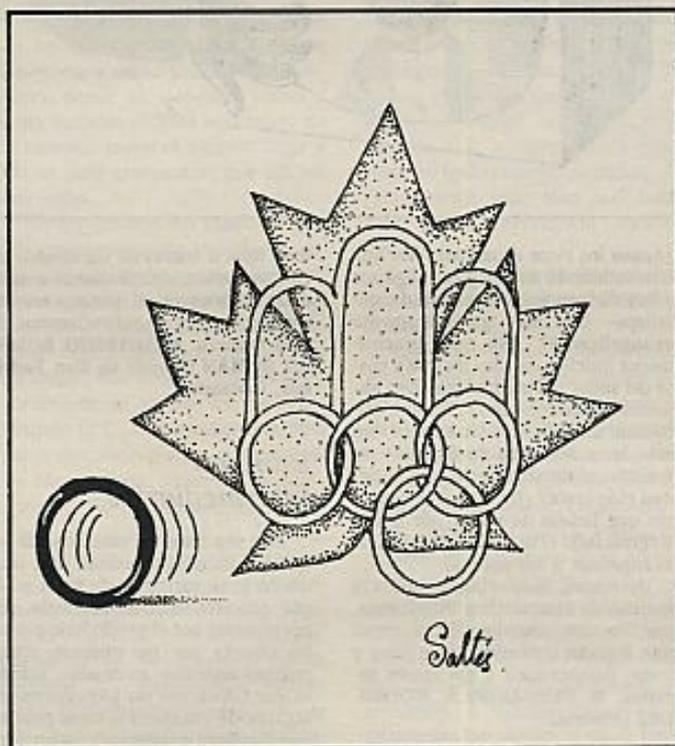
Hablar de la Historia de España es hablar de lo desconocido, escribía Ortega hace más de cincuenta años. Y en el mismo libro —"España invertebrada"— aducía que "la figura, el gesto, el repertorio de ideas y sentimientos, las virtudes y vicios (españoles) son típicamente rurales". Sabemos que bajo los puentes de la Historia ha corrido abundante, turbulentamente el agua, que la sociedad industrial instaló sus reales entre nosotros, que fenómenos sociales, la televisión entre ellos, han despersonalizado a importantes sectores de la sociedad y que, en definitiva, la desertización del campo y la propia motorización han representado una verdadera revolución en las costumbres. Todo lo que de despectivo pudiera tener la idea del aristócrata pensador madrileño, al adjudicar un carácter rural a ultranza a la España anterior a la Dictadura, encierra un respetable fondo de verdad, diluido, si queremos, o ya en trance de desaparición, pero todavía latente en no pocos espacios de la geografía nacional. El pueblo, manejado por los muñidores de siempre, por los caciques cambiantes, ha vivido —todavía lo vive— con mucha más profundidad las penetrantes consecuencias de la guerra civil. Los fuenteovejunismos clamorosos, con toda su épica triunfalista, no deben dejarnos olvidar el sentido receloso del campesino, evidenciado en circunstancias que tal vez escapen al hombre de la ciudad. El escarmiento, por emplear este término atroz, fue tan duro, que las viejas generaciones han aprendido dócilmente el arte del disimulo y arrojan a pedradas de la puerta de su casa a las tentadoras sirenas que prometen paraísos.

José Jiménez Lozano ha recogido recientemente (1) veintiseite relatos cortos. Soslayando algunos de ellos —de marcado carácter simbólico, enraizados en el sentido de la fe, agónica y renovadora—, el común denominador de los restantes está fuertemente distinguido por un doble signo: la idiosincrasia peculiar del campesino y las hondas cicatrices de la guerra española. Por estas páginas discurre un mundo a veces alucinante de seres elementales, que tienen miedo, un miedo físico al poder, a sus instituciones, miedo que les lleva hasta el servilismo, que les curará de su propio desvalimiento. El fantasma de la represión, con imágenes que recuerdan a veces el patetismo de las criaturas de Dostoiewsky, anida en todos ellos.

pecho del propio autor, la que late en muchos de estos cuentos. Ya no se trata de las dos Españas, que también salta al desgarrar; la inquisición que brota incontenible es la del terror y la resignación, aspectos que nada tienen que ver en esencia con el sentido cristiano de la existencia. Desde los viejos pueblos de Castilla, que tan bien conoce el escritor, se elevan las voces de los desheredados de todo, de los oscuros protagonistas de las sordidas historias de miedo y desesperanza. En "Los cuquillos", uno de los más significativos relatos, podríamos resumirlo todo. Hay aquí el embrión formidable de una larga novela, con el pavor ancestral del pobre ante el poderoso, con la huella permanente del espectro de la lucha sangrienta que no se olvida.

acreditarse el novelista como cultivador de cualquier estética, ni de las que son usuales y glorificadas en la actualidad de las letras, ni tampoco en el viejo arte de narrar. Todo va a llegarnos descuidado, con el mínimo aparato retórico y, desde luego, carente de aspectos flageladores o de denuncia. Por ello, quizá, destaquen con más vigor estas semblanzas, estos apuntes, cuya autenticidad histórica, en no pocas ocasiones, nos deja el poso de lo auténtico.

En el fondo de la cuestión subyace un dolor, una queja y una esperanza. Podrá haber alguna ironía, e incluso en ocasiones cierto doctrinarismo, que Jiménez Lozano no ha sabido evitar, pero quien lea atentamente sabrá sobrenadar sobre todo ello. Hablar de lo desconocido, en la frase de Ortega, es asomarse limpiamente a los diezmadados pueblos, en los que, desgraciadamente todavía, la gente corre a votar la consigna gubernamental, "por si acaso", y cualquier alcalde llena rápidamente unos autocares para el acto de afirmación política de turno. Esta docilidad, este estancamiento represivo, que tal vez no ha sido estudiado sociológicamente como se merece, y que bautizaríamos con la palabra miedo, es lo que José Jiménez Lozano ha retratado en su libro, en el que hace inventario, simple inventario de la desconfianza de los perdedores de siempre. ■ MIGUEL ANGEL PASTOR.



Curiosamente podrían verse las constantes permanentes del escritor, derramadas en sus cientos de artículos, en algunos de sus libros, como "Historia de un otoño", es decir, el sentido polémico de la fe religiosa, la idea de la muerte, siempre obsesiva en Jiménez Lozano, sus trabajos sobre la Inquisición. Pero es otra inquisición, quizá a des-

Y junto a "Los cuquillos", ese "Inventario español", requisitoria contra la intransigencia ibérica, en donde se hace recuento de la tenaz crónica, que desembocará hasta nuestros días. Este inventario delirante llega a acercarnos hasta la tridentina costumbre, por los años cuarenta, de solicitar papeleta de cumplimiento con la Iglesia por Pascua. Si, como decía el clásico francés, el estilo es el hombre mismo, no encontraremos en el volumen el menor interés por

(1) "El santo de mayo". José Jiménez Lozano. Ediciones Destino. Ancora y Delfín.

Quando los niños juegan al teatro

No hace falta insistir demasiado en ello: ya estamos todos más o menos convencidos de que la infancia es un invento de los mayores, contra el que los niños se resisten como pueden. Ya están establecidas unas alegrías y unas penas, unas aficiones y unos rechazos: no queda más que convencer a las criaturas de que sufran o gocen tal como se ha dispuesto. Antes se les imponía la disciplina, ahora se les condena a la espontaneidad; ayer pasaba por retrasado mental el que no se aprendía de memoria la guía de teléfonos de los Reyes godos; hoy es mirado con

suspiciosa culpabilizadora el niño que no muestra tanta creatividad como su avanzado maestro espera de él. Se les corta un traje a la medida de nuestros terrores o de nuestras ilusiones y se les estira o achata hasta que caben en él. Ni siquiera pretendemos hacerlos como nosotros, sino como nosotros imaginamos a los niños felices, pleonasma que nos desborda y, secretamente, nos inquieta... Ellos resisten como pueden: van creando sus indómitas subculturas, su diminuto maquis tierno y cerril, sus redes guerrilleras de jugueta. Se hurtan a nuestras lecciones, se escabullen del paraíso que les fabricamos. Saben convertir los castigos en premios y viceversa; se dan como santos patronos a los personajes más amorales y menos recomendables, como brujas y piratas. Procuran olvidarse de todo, protestan tenazmente con su mala memoria. Son como niños... De vez en cuando aprovechan la oportunidad subversiva que les brinda algún adulto quintacolumnista, con vocación de niño disfrazado. Así sucedió con la iniciativa teatral de Carlos Luis Aladro, cuando les abrió un portillo por el que ellos invadieron con desconcertante eficacia el escenario.

Debo decir ante todo que yo no puedo ser neutral ante la aventura del Ratón del Alba. Aunque mínimamente, colaboré en ella y guardo un recuerdo sorprendentemente feliz de aquellos días. Para mí, el Ratón del Alba sigue simbolizando algo diferente, importante y libre. Al Ratón del Alba lo parió Carlos Aladro —o, más bien, le ayudó a nacer nada más, porque él tenía suficiente vitalidad como para parirse solo— en Cádiz, en un reformatorio donde Carlos luchaba porque aquellos dignos pedagogos en cuyas filas era quintacolumnista no reformasen demasiado a los niños. Después, el Ratón se vino a Madrid y, primero en un colegio de mucho pago y luego en una escuela del Pozo del Tío Raimundo, siguió luchando aquí porque a los niños no les enseñen demasiado, es decir, porque ellos también puedan enseñar lo suyo, lo que ya saben y los mayores no quie-



ren aprender. ¿Qué fue en síntesis la experiencia del Ratón del Alba? Carlos Aladro la describe así: "Una serie de obras de teatro escritas por los niños y representadas por los niños para los niños, entre los años 1960-1971. Ellos crearon la música, los elementos escenográficos, los vestuarios, los títeres... Proponían la luminotecnia y las características del espacio de sus juegos dramáticos. Asumían en su totalidad el trabajo propio al ejercicio del arte dramático. Eran, por tanto, poetas, jugadores y artesanos". Soy testigo e hijo de notario: doy fe de que así fue. Ahora aparece un libro (1) en el que se publica lo esencial —o, mejor, lo publicable de lo esencial, pues hubo cosas esenciales que escapan a la imprenta— de la experiencia del Ratón del Alba. Tras un precioso prólogo de Carlos Aladro, se incluyen las obras más significativas de ese período, con numerosas ilustraciones de los mismos niños y testimonios gráficos abundantes de las representaciones y manuscritos.

Para quien no haya perdido la frescura de su receptividad literaria, embotada por la apabullante estupidez del 90 por 100 de la literatura "seria" de hoy, las piezas dramáticas de los ni-

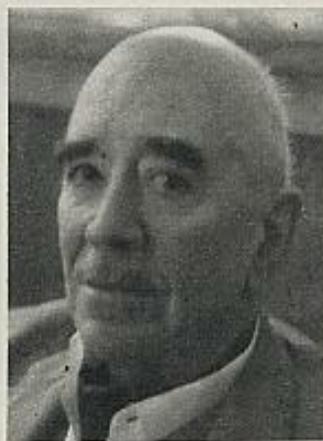
(1) "El Ratón del Alba (Antología de teatro infantil)", de Carlos Luis Aladro. Editorial Nacional, 1975.

ños supondrán una auténtica conmoción estética. Me apresuro a decir que no hay entre ellas prodigios precoces ni sospechosas maravillas de esas tan sensatas que "parecen escritas por papá". No, su gracia está en que son cosas tan absolutamente infantiles, que papá, empeñado en hacer las cosas como deben ser, las hubiera estropeado a fuerza de querer hacerlo "mejor". La mirada que los niños pasean por el mundo es ingenua y cruel: son juntamente trágicos y risueños, escépticos e ilusionados, ciegamente capaces de la más pura alegría y asombrosamente conscientes de la realidad íntima del dolor. No se hacen demasiadas esperanzas sobre lo que los mayores preparan para ellos, pero tampoco mitifican el presente que viven. Aborrecen la perpetua conspiración de los violentos contra el gozo inexplicable de los humildes, de los bohemios, de los payasos de circo. Creen que la energía y la decisión de los limpios triunfará contra el cerco oscuro y poderoso de la muerte, pero saben que no ha de ser fácil. A veces, dan testimonio de una solidaridad tan fulgurante y profunda que bastaría para devolver la vida al más asqueado de todo: la Gaviota le dijo al Niño: porque estas tan triste mirando el mar azul; y el Niño repuso: es que me gusta mucho ber pasar a los barcos; y la Gaviota:

amitambien me gusta beslos pasar. Y se hicieron amigos. ■  
FERNANDO SAVATER.

## Un escritor argentino

En España, es poco lo que se conoce de la literatura hispanoamericana; a pesar del famoso "boom", que reveló algunos talentos y dio efímera nombradía a escritores de menores cualidades, el continente suramericano —enorme, de variados paisajes y peculiaridades— sigue siendo poco conocido en su dimensión literaria y cultural. Aparte de algunos privilegiados cuyo renombre ha trascendido las barreras de la nacionalidad, del idioma, del prejuicio casi racial, la mayoría de los autores panameños, colombianos, peruanos, ecuatorianos, etc., siguen siendo desconocidos para el público español. En un momento en que las regiones españolas claman por el reconocimiento de sus peculiari-



Manuel Mujica Láinez.

dades culturales, aquí se sigue manteniendo frente a Suramérica la postura de una metrópoli frente a sus colonias.

Dentro de este casi desconocido y variopinto panorama de la literatura suramericana, Argentina brilla con luz amarillenta. El escritor argentino se ha sentido casi siempre más europeo que americano, heredero de los fastos de la "vieja Europa"; la mezcla de razas emigrantes que puebla las pampas y las inmensas ciudades, donde se amalgaman descendientes de húngaros, turcos, italianos, franceses, armenios y españoles, y la ausencia